

El pequeñajo

Paola Alarsil

El Pequeñajo



Autora: Paola Alarsil

Capítulo 1

El pequeñajo

Subió al bus a la carrera, se ocultó tras uno de los asientos y asomó la nariz con cautela por encima del cabezal. Apenas se había escapado de *Checho*, el amigo de su mamá que quería que le lavara el mototaxi. Ya imaginaba la reprimenda que le esperaba al volver del colegio; pero, en definitiva, no podía llegar a clases con el uniforme sucio de grasa, ya era suficiente con que le quedara grande y con no poder quitarle el polvo de sus hebras.

Cuando el bus retomó la marcha, el alivio se asomó a sus labios. No aparentaba tener más de seis o siete años a juzgar por su estatura, aunque la verdad era que casi alcanzaba los nueve. Las puntas de su cabello corto marrón lucían casi rubios y, según su nueva profesora ese año, eso significaba que debía comer un poco más; pero lo que no había querido decirle, era que eso dependía de si a su mamá le pagaban en la chacra, si no subía de precio la leche de su nueva hermanita o si a *Checho* no le daba sed por las noches, cosa que, con frecuencia, sucedía.

Había mucho que su profesora no sabía; pero daba igual si lo hacía o no, en tanto siguiera pensando que él era un chico inteligente.

Ya seguro de que nadie le impediría llegar al colegio, el pequeñajo se sacó la chompa negra de su uniforme, la ató a su cintura y se cambió al asiento más cercano a la salida. Allí, se llevó el maletín que llevaba a cuestas sobre su regazo, este lucía bastante más prominente que él mismo; pero, acostumbrado a pesos mayores, lo maniobró con facilidad y sacó una bolsa rosa y otra transparente con caramelos del interior, las colocó a su lado en el asiento y luego, esperó.

Con la mirada fija en la ventanilla trataba de reconocer las calles que transitaba mientras se esforzaba por ignorar los regaños de los adultos que le decían que estaba en un asiento *preferencial*. Había otros disponibles; pero él *necesitaba* estar en ese. Francamente no veía el problema, por lo que pasó un largo rato alzando los hombros con aparente insolencia cada que escuchaba que le llamaban "*Malcriado*", hasta que los demás, o se cansaron de regañarlo en balde o sencillamente llegaron a su destino en el viaje y lo dejaron en el olvido.

Varios minutos después y, ya con medio bus ocupado, el pequeñajo pidió detenerse en una esquina y sacó la cabeza por la ventana. "*¡Apúrate!*" gritó, agitando un brazo, para luego dirigirse a la escalerilla de la unidad. No obstante, no bajó; sino que se sostuvo del barandal y suspendió medio

cuerpecillo afuera. Poco después, el bus volvió a avanzar, el pequeñajo estaba de nuevo adentro; pero de su mano llevaba a otro niño todavía más pequeño, vestido con un uniforme reglamentariamente negro y portando una pequeña mochila que tenía una tela azul con ribetes celestes amarrada a una de sus correas. Era su hermanito, Rony, así se lo había dicho su papá, aunque a su mamá no le gustaba, ni tampoco a la mamá de él.

Lo había visto muy escasamente desde que era un bebé; pero en vacaciones de ese año, su papá, quien viajaba mucho por trabajo, le había dicho que comenzaría a ir al colegio y que no alcanzaba la plata para mandarlo en movilidad. Al pequeñajo eso no le resultó algo novedoso; de hecho, la plata nunca solía alcanzar e imaginaba que por eso su mamá y la de su hermanito no podían llevarlos al colegio como otras mamás hacían, ya que trabajaban mucho, desde muy temprano y hasta muy tarde.

Por eso, era una suerte que fueran hermanos.

"*Tengo hambre*" se quejó Rony mientras él lo acomodaba en su asiento y lo regañaba para que se estuviera quieto. Cuando lo logró, el pequeñajo sacó un par de calcetines de otro de los bolsillos de su maletín, mismos que sacudió contra su rodilla antes de colocárselos a su hermanito. Recordaba que las *tías* en el nivel inicial solían molestarse y llamar a los papás cuando los niños no llevaban el uniforme completo; pero eso no sucedería con Rony... en cuanto a él, no le importaba mucho que se fijaran en su piel desnuda bajo los zapatos. Ya estaba acostumbrado.

"*Come rápido*" le dijo a Rony luego de hacerle sujetar la bolsa rosa que había sacado antes de recogerlo, cuyo contenido resultó ser una delgada empanada de queso. Después, dejándolo custodio de su maletín y de la mochila, tomó la bolsa con caramelos y corrió hasta el asiento del conductor para pedirle el permiso de cada día y, al voltear, comenzó a cantar una corta estrofa para la que su voz parecía ser demasiado ronca. Pero no le importó. Él no soñaba con ser cantante, tampoco con hacerse millonario al bajar de la combi; en realidad lo único que quería era poder pagar su pasaje y el de Rony... quizá sacar algo más para comprar una galleta en el recreo; pero estaba bien si no. Ya hasta tenía un plan "B" en su bolsa de caramelos, porque, podía ser que todos ignoraran su canto (*Ya le había pasado*); pero nadie se negaba a comprar un caramelo. A fin que solo estaban a diez céntimos cada uno.

Ese, penosamente, fue uno de esos días. (*Era más sencillo cuando tenía la edad de Rony*).

Al poco rato de andar por el angosto corredor, tratando de tentar a los renuentes comensales con su preciado y barato botín y, tras dos cuasi tropezones de por medio, las monedas *-al fin-* comenzaron a formar un

ligero peso en su bolsillo; pero todavía no le alcanzaba del todo. Miró las dos filas que le quedaban y comenzó a preguntarse si el cobrador aceptaría pago en especie, puesto que, por el semblante de los pasajeros restantes, dudaba que siquiera se dignaran a mirarle y, encima de todo, ya había reconocido la calle que el bus transitaba. El colegio no estaba lejos.

Sus ojos marrones develaron una preocupación propia de una madurez no requerida, la mano comenzó sudarle en el bolsillo, miró a Rony que ya se había acabado la empanada y se arrepintió de no haberle dado un par de mordiscos primero; pero luego sacudió la cabeza. Ese no era el momento de distraerse. "*Piensa*" se conminó entonces y, tras segundos de duda, comenzó a ofrecer la irresistible ganga del dos por uno. Una cosa era segura: De que vendía los caramelos, los vendía.

Y entonces sucedió. Había pasado entre las filas que le quedaban sin resultado alguno; pero de pronto, cuando estaba a punto de negociar con el cobrador, una chica que le recordó a su profesora tocó su hombro y le mostró una reluciente moneda de dos soles. Aliviado, el pequeñajo le extendió la bolsa con los veinte caramelos que le quedaban; pero ella solo tomó la mitad, dirigiéndole un pequeño guiño antes de entregarle la moneda y sujetar un lapicero y un cuaderno delgado, donde se puso a escribir. El pequeñajo no supo si fue la indecisión, la pena o ambas lo que hizo que la chica hiciera eso; pero tampoco le importó demasiado. Ya tenía lo suficiente para el pasaje de Rony y le alcanzaría el dinero para comprar su galleta. Es todo lo que necesitaba saber ese día.

"*iColegio, bajan!*" indicó entonces y, cuando el bus se detuvo frente a un semáforo en rojo, depositó con orgullo el pasaje de su hermano y el suyo en la mano del cobrador. Bajó primero y cogió a Rony entre sus brazos, asiéndole después de la mano con fuerza para cruzar la pista.

Lo último que vio del bus que tomaba cada mañana, fue la cara de la chica de los dos soles en la ventanilla. Ya conocía varios rostros de los que, con frecuencia, abordaban aquel bus; pero el de ella no le era familiar. Una vez más, se alzó de hombros, restándole importancia. Luego, le colocó el mandil a Rony y lo llevó a la entrada del nivel inicial... ya se las arreglaría más tarde para recogerlo y volver a clase, porque él salía más temprano.

Se echó a correr. No faltaba mucho para que cerraran la puerta del nivel primario; pero, mientras lo hacía, cuidando que no se le resbalara la correa del maletín por su hombro, apretó también la moneda de dos soles todavía en su bolsillo. Quiso quedársela un rato más, por eso había pagado con *sencillo* en el bus.

Ya no veía la hora de que llegara el recreo.